

Sobre la maldición del sexo

Leticia Hernández Valderrama

FES-Iztacala, UNAM

Resumen

Existe desde siempre una maldición sobre el sexo, que es una manera de decir que hay un dolor o un malestar en él. Con el nacimiento del psicoanálisis Freud permitió conocer acerca del inconsciente y lo que está escrito en relación con el sexo. Una maldición que anula la libido y aparta del lazo social. Esta maldición sobre el sexo ha llevado a reprimir la satisfacción de las pulsiones, y ha propiciado la aparición de síntomas que enmascaran una forma de gozar el sexo. Cuando se trata de amor es un problema, porque éste suele confundirse con el sexo y termina no gozándose con el otro, sino del Otro. En el amor se aspira al Uno de la fusión, y siempre se llega a un desencuentro como goce mortífero. Lacan usa la expresión "la maldición sobre el sexo" para ubicar algo que está fuera del discurso y que forman los síntomas contemporáneos. La maldición es lo imposible, en el sentido lógico, es imposible que los sexos hagan "relación-proporción" por el simple hecho de ser seres sometidos al lenguaje.

Palabras clave: maldición, sexo, goce, síntoma, amor, mujer.

Abstract

Since always there's a curse about sex that is a way to say that there is a pain or a discomfort about it. With the born of psychoanalysis Freud lead us know about the unconscious and what's write about sex in it. A curse that null the libido and break social ties. This curse about sex lead to suppress satisfaction of the impulse, and propitiate the apparition of symptoms that mask a way to enjoy about sex. When is about love, is a problem, because they usually confused with sex and there they don't enjoy with the other, but on the Other. In love is about one made of the fusion, and always lead to disagreement like a deadly enjoyment. Lacan used the expression "the curse about sex" to place something that is out of the speech and makes contemporary symptoms. The curse is the impossible, in the logic sense, this's impossible that sex make "relation-proportion" simply by the fact of been subject to language.

Key words: curse, sex, joy, symptom, love, woman.

“No es seguro que el inconsciente admita la existencia de dos sexos. Parece que el sexo masculino es su preferencia, que no se representa el goce más que por el símbolo fálico; que la feminidad es objeto de una desvalorización, de un rechazo, es decir de una forclusión: Freud habla del horror de la castración. ‘La mujer no existe’, dice Lacan.”

JACQUES ALAIN MILLER

Introducción

Saber acerca de la maldición del sexo como imposible será nuestro objetivo, lo abordaremos desde el psicoanálisis, ya que éste pertenece al orden de la causa. Sabemos que hay algo ahí que no funciona entre hombres y mujeres. Una queja poco hablada, que desde siempre está entre dos. Un mal-estar que se siente, que se sufre y que se maldice. La palabra “maldita” del sexo que se graba en la carne, que atraviesa lo real del cuerpo y hace de esa carne un cuerpo que es simbolizado en los intercambios con el otro. Son caminos a la vez complejos y un poco retorcidos. Caminos que, además, no constituyen sólo una relación con el otro sexo como tal, sino que tiene que ver con el hablar, el pensar, pasar por los significantes de la ley que nos dan cuenta de la castración. Es una maldición genérica en el ser hablante... y que ubican al sujeto en lo social. El otro nivel lo encontramos en el “uno” por “uno”, en la medida en que el inconsciente es para cada sujeto un saber específico, único en su particularidad. Es un saber específico que experimenta la falta del objeto que toma así el lugar de la causa, y que como camino tiene atrapados al deseo y al goce que lo conducen a la búsqueda de un otro, que imaginariamente promete el retorno a esa condición de goce perdido: origen de su maldición.

La maldición en lo social y lo individual

La maldición en el inconsciente sería más bien la de un lenguaje singular que gobierna a cada sujeto. La maldición del discurso en lo social es lo que Freud (1980) abordó de ese discurso que dicta leyes, normas y modas. Es un discurso amo producto de un capitalismo moderno que produce sujetos, y que ordena sus deseos y se esfuerza por regular el campo de sus goces.

El mundo de los mercados prescribe actualmente una serie de objetos a gozar, donde se busca la satisfacción inmediata de los deseos. No hay necesidad de un otro que favorezca el surgimiento del lazo social. Tal parece que se producen sujetos como programados, robotizados, donde se busca trabajar la incompatibilidad de los inconscientes, en la medida en que éstos son los instrumentos de goces singulares. En la pluralidad se producen objetos de goce que ofertan una especie de sintonía, digamos de convivencia por el objeto, que ordena y permite vivir en sociedad. El orden, no en sus excesos, tiene un aspecto positivo, es regulador, nos permite la convivencia con otros.

La cultura se vale de diversos aparatos para reproducir su discurso, llámese la familia, la escuela, las instituciones que tienen como tarea controlar la satisfacción de las pulsiones y evitar el goce individual en aras de la convivencia con otros. La cultura nos presiona y conforta con sus discursos de sometimiento, pero a la vez hace uso de diversos dispositivos para lograrlo con sus consecuentes efectos en la subjetividad. La cuestión no marcha sin vigilancia y tampoco sin síntomas: síntomas que hacen retornar sobre verdades vedadas que han quedado fuera del lenguaje y que están en el inconsciente.

El psicoanálisis permite recuperar ese discurso silenciado, reprimido; hace surgir la singularidad reprimida, a la vez como verdad y como real. El discurso analítico es solidario del discurso común. Ello permite al sujeto una elaboración de lo reprimido y un asumir la verdad de su deseo con responsabilidad.

Maldición, síntoma y amor

La verdad del sujeto puede entenderse a partir de las formaciones del inconsciente: sueños, lapsus, chistes, síntomas... esta es la tesis freudiana. Desde Freud aprendimos que la represión obliga a los sujetos a callar su verdad sobre el sexo. Él nos mostró que en los síntomas se oculta una verdad, una verdad que no se sabe y de la que los sujetos no quieren hablar. Los síntomas del cuerpo son una forma maldicha de enunciar ese malestar en el sexo.

Así pues, la cosa parece no funcionar, pero en realidad, y a pesar de todo, la cosa va y, como suele decirse, hacemos que funcione. Hay soluciones. Soluciones que también son problemas y se llaman síntomas. Vale decir que a veces estas soluciones son muy incómodas, a tal punto que podemos querer rectificarlas, revisarlas para que duelan menos. Asimismo llevan la marca de la época porque son efectos del discurso.

En el síntoma hay una salida de la maldición del sexo. Lacan no dejó de recordar que en el síntoma el inconsciente se manifiesta como verídico, pero en esa medida no basta con escuchar, con intentar conocerse mejor para que esa verdad se manifieste. Ella no se hace reconocer sino sorprendiendo, imponiéndose. Una definición posible del síntoma es presentarlo como siempre enigmático. La verdad sorprende al saber del sujeto, dando al síntoma un carácter que Lacan definía como "lo que cojea".

El sujeto sabe que el síntoma le concierne, pero no por ello sabe lo que es. Lacan apuntaba que la experiencia del psicoanalista "es esa relación muy particular de un sujeto con su saber sobre sí mismo, lo que se llama el síntoma" (Lacan, inédito). ¿Qué es lo que resulta fundamentalmente enigma para el sujeto y que tapa su verdad? ¿Qué es "ese no sabido", según la expresión de Lacan? Es "lo real del sexo" y también lo que recubre el objeto real que causa su deseo, o sea el objeto "a".¹

¹ Lacan define al objeto "a" como causa del deseo.

Causa del síntoma y del sufrimiento sin duda; pero de manera aún más radical, causa del hecho de que en su vida el ser hablante parezca no poder prescindir del sostén del síntoma. Esta búsqueda de una causalidad nos lleva a examinar la estructura del fantasma que subyace al síntoma y a tratar de reconstruir su lógica. Ello nos da un punto de partida en el ser hablante, es decir, el hecho irreductible de que el sujeto del inconsciente sólo puede decir o preguntarse por su origen inscribiéndose en un escenario, en una especie de mito mínimo, para fijar, aún sin poder aprehenderlo, su punto más íntimo, lo más real en él, el corazón de su ser, como decía Freud, y que es la causa de todo su discurso. Igualmente la voluntad de alcanzar este punto de real original define un destino, que es siempre, nada más y nada menos, una forma de resolver la pregunta dándole la vuelta, es decir, haciendo de la causa original el objetivo final.

En *El malestar en la cultura* (1980) Freud señala de manera definitiva que el trastorno de la relación entre los sexos, en el nivel del amor, es esencial. Vale decir que no es únicamente el destino de ciertos sujetos, sino que estamos involucrados todos de alguna manera. El rumbo de Freud es muy demostrativo: parte del síntoma y al principio cree que éste es el destino sólo de los neuróticos, hasta que finalmente llega a la conclusión de que el síntoma es generalizado.

Hablamos de la dificultad del "decir sobre el sexo", sobre todo cuando se hace nudo en el amor; del problema que es conectar, anudar el goce a otro, a un semejante, que es un otro sexuado, lo que evidentemente marca que ya no será en absoluto un semejante. ¿Cómo es entonces, cómo le hace cada sujeto para que el goce logre habitar el lazo sexuado con su pareja, puesto que es un lazo muy especial, debido justamente a que ese goce no se comparte? Jacques-Alain Miller (1991) había hecho hincapié en esta incompatibilidad del goce que llama uno y del dos de la pareja. Que el goce no se comparte quiere decir que uno siempre goza solo, lo cual no en todos los casos constituye un problema. En realidad, sólo es un problema en el amor. En la medida en que el amor aspira al Uno de la fusión, apunta a hacer uno con el otro, de modo que sólo en el amor es un problema el hecho de que se goce únicamente solo, y además que uno no goce del otro.

Desde el origen de la filosofía el amor ha sido interrogado sobre el sexo. El amor ayuda a la investigación filosófica; el amor da fe del interés de la filosofía por la cuestión de los sexos; en suma, muestra que la filosofía está atravesada por la diferencia sexual en el que participan dos, y a pesar de esta evidencia muestra que el amor es el lugar de un saber sexuado en el cual no existe claridad.

El amor vivido como una pasión nos hace unir la voluntad de amar a un objeto causa del deseo (objeto "a") (Lacan, 2006 [1962-1963]), sin distinguir si este objeto es igual, mayor o menor que nosotros. El amor suele confundirse o combinarse con otras emociones —como la alegría, la tristeza, el odio— que, estando presentes, lo matizan de maneras distintas en cada sujeto. El amor o desamor

está presente desde la infancia con encuentros gratos y desencuentros lastimeros que se unen a los pensamientos racionales e irracionales, por los cuales amamos lo que consideramos digno de ello; son la causa de que la naturaleza del amor nos resulte tan compleja. Las pasiones condensadas ahí —como la alegría, la tristeza, el deseo, el amor, la esperanza, etc.— se mezclan de diversas formas con el amor, impiden que se reconozca y sepamos en qué consiste exactamente.

Por otro lado, el sexo en el amor nos conduce a pensar en la diferencia de los sexos, que no va más allá del reconocimiento de la dualidad del amor, de una doble diferencia, uno mismo y el otro. Es decir, hablar de amor da fe de la presencia de la dualidad sexual, pero casi no se ocupa de ella salvo para designar la carne, el dualismo del cuerpo y el espíritu. El reconocimiento de la diferencia de los sexos conceptualiza la participación de dos en el sexo, aunque cada uno goce por su lado.

Lacan (1989 [1972-1973]) comenta que lo que suple la relación sexual es precisamente el amor. Y que el Otro, como lugar de la verdad, es el único lugar, irreductible por demás, que se puede dar al término del ser divino, al término Dios, para llamarlo por su nombre. Dios es propiamente el lugar donde se produce el *dios* —el *dior*— el *decir*. Por poco, el decir se hace Dios. Y en tanto se diga algo, allí estará la hipótesis de Dios.

Concluye Lacan que la perturbación amorosa es casi inevitable; está presente en todos los casos: dice que hay algo desfasado, desencajado entre el amor del hombre y el amor de la mujer; que sin duda el hombre y la mujer pueden encontrarse, pero sus amores no se encuentran verdaderamente; podemos afirmar que el amor siempre tiene que ver con un glorioso desencuentro. Y si se piensa minuciosamente, Freud basó toda su idea de lo que es la salud del hombre normal en la solución edípica; es a la postre una manera implícita de reconocer el fracaso de ésta.

Así, los sujetos viven sus síntomas y se sirven de ellos, corresponden a cierta satisfacción. Freud comentaba que “Ellos no se contentan con su estado, pero sin embargo, siendo tan poco contentadizos, se contentan”. Lacan señala en esta satisfacción la categoría de lo imposible. Para Freud lo real aparecía como obstáculo al principio del placer: lo real estaba ahí, por el hecho mismo de que las cosas no se arreglan de inmediato. Lacan insiste en la separación de este real del campo del principio de placer, “por su desexualización, por el hecho de que su economía admite algo nuevo que es justamente lo imposible” (Lacan, 1989 [1964]).

Santo Tomás no ignora nada sobre el deseo y sus formas, desde el amor a Dios hasta la esclavitud de la carne. Carne y voluptuosidad evocan la relación con el otro sexo, o más bien no la evocan, ya que remiten al cuerpo antes que al sexo mismo.

Este imposible concierne también a la relación sexual, de la que se crea el conocido aforismo lacaniano “no hay relación sexual”. El síntoma aparece como la tentativa realizada para invalidar esta proposición. El síntoma indica que hay algo que no funciona en el campo de lo real, en tanto que el neurótico encuentra su

goce en el síntoma por poco satisfactorio que sea. El goce, término introducido por Lacan en referencia a lo que en materia de derecho concierne al goce de los bienes, está del lado del objeto y se distingue así del deseo como imposible siendo goce. El goce —como dice Lacan— “es lo que no sirve para nada”. Así pues, el síntoma constituye esa anomalía en el campo de lo real en la que consiste el goce. De esta relación con el goce el hombre se queja, pero la desconoce.

En el terreno del amor vemos que éste hace señas, que pretende su reciprocidad. Lacan (2006 [1972-1973]) menciona que “El amor siempre es recíproco”; ahí el deseo del hombre es el deseo del Otro. Pero en estas cuestiones la pasión puede privar de su alcance provocando sus estragos que lo lleven al goce. El análisis demuestra que el amor en su esencia es narcisista, y denuncia que la sustancia pretendidamente es objetual; es de hecho lo que en el deseo es resto, es decir, su causa, y el sostén de su insatisfacción, y hasta su imposibilidad.

Por ello vemos que en las cosas del amor nunca se está bien. “El amor es impotente, aunque sea recíproco, porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno, lo cual nos conduce a la imposibilidad de establecer la relación de los dos sexos” (Lacan, 2006 [1972-1973]). Y si el ser es el goce del cuerpo como tal, es decir como asexuado, ya que lo que se llama el goce sexual está marcado, dominado, por la imposibilidad de establecer como tal, en ninguna parte en lo enunciado, ese único es Uno. El uno de la relación-proporción sexual.

Lacan termina diciendo que el hombre y la mujer en la especie humana son dos razas diferentes, especialmente las mujeres, que están allí para encarnar el Otro para los hombres. Así el hombre en tanto provisto del órgano fálico se dirige a la mujer en tanto cuerpo de mujer. Ahí Lacan dice que justamente no hay *la mujer*, porque *ella es no toda*; el sexo de la mujer no le dice nada, a no ser por intermedio del goce del cuerpo. Lacan se pregunta si el goce es el goce del cuerpo, del cuerpo del Otro. Es decir, nada distingue a la mujer como ser sexuado, sino justamente el sexo. Por ello mismo, dice Lacan, “todo gira en torno al goce fálico, porque la mujer se define con una posición que señalé como el *no todo* que en lo que respecta al goce fálico”. Y ese goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano (Lacan, 2006 [1972-1973]). En este sentido es que la castración se hace presente por intermedio del Superyó, en tanto éste hace su mandato al sujeto de un ¡Goza!, que es signo con que se adereza la confesión de que el goce del Otro, del cuerpo del Otro, sólo lo promueve la infinitud. En tanto se realiza por un lado el goce, que está marcado por ese agujero que no le deja otra vía más que la del goce fálico.

Podemos apreciar que el discurso psicoanalítico sostiene el enunciado de que no hay relación sexual, de su imposibilidad de ser formulada, de la maldición que sobre ella cae. El goce, en tanto sexual, es fálico, es decir, no se relaciona con el Otro

en cuanto tal, sino con el espacio de goce de la mujer. El ser sexuado de esas mujeres no-todas no pasa por el cuerpo, sino por lo que se desprende de una exigencia lógica en la palabra. Es la lógica inscrita en los hechos del lenguaje inscritos en el inconsciente, que está fuera de los cuerpos que promueve, en el no-toda, y que como semblante encarna a un Otro, este ser sexuado de la mujer, exige ser una por una.

Por otro lado, Soler (2000) menciona que Lacan elabora la categoría de lo imposible y juega con ese equívoco entre el maldecir (*maudire*) y decir mal (*mal dire*). Agrega que esto tiene resonancias de carácter semántico muy amplias, lo cual es una ventaja. Entre ellas el hecho de que esta maldición no pertenezca al vocabulario del bien decir del psicoanálisis. Es más bien un término que pertenece al vocabulario del fantasma. Lacan (2006 [1972-1973]) hace un diagnóstico bastante feroz al redoblar la maldición sobre el sexo. No hay garantías de curar las quejas, sino que lejos de solucionar el asunto echa doblemente su peso sobre los hombros del sujeto que, en última instancia, no habrá hecho más que explorarla en su decir, en su queja.

Así pues, el sexo estaría maldito. Si partimos de que toda maldición (en latín: *dicere* y *malus*) es un mal-decir o un llamado del mal, que invoca a la infelicidad sobre alguien, nos lleva a pensar en la condena implícita en ese mal-decir. En este sentido, Soler (2000) menciona que en la maldición el decir es hacer mal: hacer mal o provocar infelicidad. Es un decir maléfico que gira siempre hacia el maleficio. “Está en efecto la idea del hacer, de un decir, por lo tanto, que no es descriptivo sino operante.” Pero una maldición no es una programación, no es un *tyché*, como los griegos pensaban de una personificación del destino y de la fortuna, que regía la suerte al decir del encuentro con otro donde se determina el destino. Lo que para el psicoanálisis resulta vital es que el sujeto lo refiere al saber de esta maldición respecto al sexo; al proferirse la palabra es como si para el sujeto maldito la suerte estuviera echada. Por lo tanto, la maldición va de la contingencia del encuentro a la necesidad de un destino que no cesa de escribirse.

Pensemos en la relación que tiene la maldición con lo imposible; los dos términos designan algo que escapa al alcance del sujeto. Algo, por lo tanto, que no es de su responsabilidad y que es de la fatalidad, del destino —como en el caso de Edipo en Sófocles—, que es un destino al que no puede escapar.

La maldición hace existir al Otro en la medida en que implica Otro de la voluntad y poder nocivos sobre el destino del sujeto. Eso que se relaciona con la infelicidad, que más bien tiene que ver con los avatares de la vida, de la repetición de las cosas desafortunadas, malditas, empuja a los sujetos a pensar que ese es su destino, que todo obedece a una trama a una argucia escrita por alguien —le hicieron brujería, le hicieron un “trabajito”, etc.—, aseverando: ¡la existencia de Otro que vigila y desea su desventura!

Visto así, la maldición sería una interpretación muy precisa que se refiere a la causa de sus desdichas ubicadas en el Otro. La maldición hace existir al

Otro como voluntad, como voluntad que castiga, voluntad del que vigila, que nos tiene a la vista y cuya venganza da sentido a nuestras desgracias. La maldición, creemos, habla provocando la infelicidad del sujeto, una infelicidad gozosa: un goce del infortunio.

Soler (2000) comenta que la maldición da a la infelicidad el sentido del goce del Otro. Se supone que las desdichas satisfacen a Otro vengativo y feroz. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿si el Otro se venga es porque el sujeto era un pecador?, ¿es una culpa la que habría que hacerle pagar? En todo caso, ¿cuál es el pecado? En el cristianismo se ha hecho pensar que Dios castiga, que ese Otro que castiga a muerte es Otro de justicia y amor, y que en ello se justifica su severidad. En este sentido es que Lacan menciona que en el cristianismo se enseña a no andarse con miramientos con el goce del Otro, a cubrirlo con el leve velo del amor y la equidad, haciendo recaer la culpa en el sujeto.

Así la maldición divina tenía su sentido en las épocas más fuertes de la fe. En la actualidad y ante la muerte de Dios, del Dios del monoteísmo, ya no tiene sentido la tragedia, e incluso el sentido del destino es incierto. Y a falta de Dios nos quedan los infortunios sin Otro que nos permita darle sentido, porque ya no contamos con el odio de Dios o para Dios que nos ayude a soportar la vida y se vea más facilitada por ello.

Lo que hoy nos interesa es la maldición que pesa sobre el inconsciente, ante lo cual nos preguntamos: ¿el inconsciente es ese Otro que traza los caminos en que va a quedar atrapado el sujeto? Lacan nos dice que el Otro no es simplemente ese lugar donde la verdad balbucea, representa aquello con lo que la mujer está intrínsecamente relacionada. Por ser la relación sexual radicalmente Otra, por lo que está inscrito en el inconsciente, la mujer es lo que tiene relación con ese Otro. Si existe una predestinación, en nuestra época, si lo que hacemos es repetir, entonces, ¿el inconsciente determina al sujeto?, ¿lo determina con sus síntomas, sus elecciones de objeto, sus repeticiones? Entonces parecería que el inconsciente tendría una homologación a Dios. Es decir, la mujer tiene relación con el significante de ese Otro, en tanto que, como Otro, éste nunca deja de ser Otro. Y que, como dice Lacan, no hay Otro del Otro. El Otro, ese lugar donde viene a inscribirse todo lo que puede articularse del significante, es, en su fundamento, radicalmente el Otro. Por eso, este significante, con los paréntesis, señala al Otro como tachado (Soler, 2000).

Es así como la mujer —señala Lacan—, desde su relación con ese significante de la falta en el Otro, se concibe como el no-toda, que la ubica como causa del deseo, como "a", semblante de lo que nunca se poseerá y que aparece como imposible en la relación sexual. Porque al disociar "a" de A, reduciendo la primera a lo que concierne a lo imaginario, y la otra a lo que concierne a lo simbólico. Que lo imaginario tenga como soporte el reflejo de lo semejante a lo semejante, es seguro. Y sin embargo, la "a" pudo confundirse con la A con tachadura.

Si volvemos con Freud recordaremos que nos habló de la neurosis de destino, donde el destino verdaderamente nos llevaría a considerarlo como una fatalidad. Freud (1980) habla de una neurosis moderna como una neurosis de destino generalizada, cuya clave hay que buscar en el inconsciente moderno. En el psicoanálisis se reveló la falsedad de que anatomía sea destino. Lacan (2006 [1972-1973]) nos lo confirma; él menciona que "el ser sexuado se autoriza a sí mismo", lo cual significa que tiene la elección. De ello se deriva que si hay una maldición del inconsciente, con seguridad no es una maldición que nos condene a ser hombre o mujer, y esto a pesar de la anatomía; nos condena tal vez a alguna desdicha, pero el inconsciente no nos impone la elección del sexo, porque eso es lo que quiere decir "el ser sexuado se autoriza por sí mismo".

Lo que está en juego es saber si el inconsciente es el destino; se refiere a la responsabilidad que el sujeto debe asumir con respecto a su sexualidad. Soler (2000) dice que —de acuerdo con Lacan— sabemos que se afirman a la vez dos cosas que son un tanto complicadas: por un lado, se afirma que el inconsciente es un saber y que, entonces, en tanto saber, determinado; por otro lado, que el sujeto siempre es responsable. Lo que parece una paradoja. Veamos: si el inconsciente funciona según la modalidad de un "está escrito", a manera de una determinación, por tanto lo real, ¿qué alternativa tendríamos? Del mismo modo, si fuera elegido o condenado por la gracia de Dios, sólo cumpliríamos la condena de vivirlo repitiendo lo que haya que repetir, ya sea en el amor o en la vida en general. Si fuese así, no habría lugar a la responsabilidad del sujeto, "todo está escrito". Porque nos hace elegidos o condenados independientemente de nuestro deseo o de nuestros esfuerzos por vivir un destino diferente. Tendríamos que asumir la palabra del Otro y caminar sin atender a la responsabilidad de nuestros actos; ser títeres del Otro o de Dios.

Pero si lo que Freud nos ayudó a entender es que el sujeto es un sujeto jurídico, por ello la represión actúa, reprimiendo las satisfacciones pulsionales que ponen en conflicto al yo; de esta manera se defiende el yo, evidencia que tiene posibilidad de elegir, que no está determinado, tiene como opción la defensa. Por consiguiente, mantiene en su totalidad la responsabilidad del sujeto. En el límite hace de la represión casi una elección. Una elección que, por otra parte, es anterior a cualquier razonamiento. Puesto que Freud evoca las primeras tomas de posición del sujeto, que ni siquiera son verbales, que son respuestas a experiencias de goce primarias, infantiles: reacción primaria de aversión, de rechazo en la histeria, mientras que en la obsesión es más bien el exceso de satisfacción, que entraña el mismo resultado: un rechazo a causa de la culpa.

Freud propone el análisis como una forma de elaborar lo reprimido en el inconsciente al ponerlo en palabras. Menciona que las pulsiones que habían sido reprimidas en el origen de la neurosis son revisadas en el proceso analítico, lo que quiere decir que permite una nueva elección, la puesta en acto de una nueva elec-

ción de sujeto, respecto a las pulsiones que habían sido desechadas por la defensa. Esta nueva elección tiene dos destinos, en los cuales el sujeto tendrá que elegir; de esta manera vemos que no es el sujeto el que queda preso del destino del inconsciente, sino que es él quien, tras haber sacado a la luz lo que había reprimido, es confrontado a esta nueva elección. El análisis nos hace posible revisar y modificar la posición subjetiva que se tenga. Es esa la posibilidad de su elección.

Vemos más claro que tenemos un inconsciente que no hace destino. Que no está escrito de manera definitiva y determinante. Y esta elección, sin duda, es porque lo simbólico —a pesar de normar y dictar ciertas leyes para el devenir humano— no logra subsumir toda la pulsión, todo el goce.

Casi para terminar podemos agregar que, por el lado del amor, Afrodita se vuelve maldita por las palabras que calla, por las palabras silenciadas, por las no dichas. Esa es la carencia esencial del inconsciente. Este término de carencia que es utilizado por Lacan (2009: 849) para decir que en el inconsciente hay un defecto en el decir. En otras palabras, un decir que falta, un decir que está concluido. El inconsciente no dice el Sexo, en el sentido de que el sexo designa a las mujeres, porque en la lengua francesa clásica se dice las personas del sexo, y también el bello sexo, por aquel que también se horroriza.

Tenemos entonces que la maldición del inconsciente hay que escribirla en dos palabras: *male-diction*, para evocar el "decir mal", y luego hay que poner el acento circunflejo: la *mâle-diction* ("macho-dicción") como dice Soler (1997), es exactamente lo que Freud indica cuando señala que no hay más que una sola libido. Dicho de otra manera, el inconsciente no conoce el otro sexo, no conoce más que el Uno fálico que hace al hombre, y también un poco a las mujeres, pero no a todas.

Consideraciones finales

En psicoanálisis, en la elaboración de lo que es inconsciente, hay efectivamente una parte que vehiculiza la idea de una predestinación por éste, con la cuestión de si el sujeto es un desdichado inocente, y no un culpable que merece claramente su infelicidad. No es más que una parte sin duda, y habrá que ver la otra. Justo la parte que hace queja en el sujeto, que genera infelicidad, que es el síntoma. Y al decir síntoma se introduce de inmediato la referencia al sexo. No hay un síntoma que no conduzca al problema de la pareja sexual, o más exactamente a la pareja sexual como problema, lo que no es lo mismo. Tras todas las histéricas de Freud siempre encontramos una relación con el hombre o con la pareja de los padres en cuanto problemática.

La maldición del inconsciente, de ese inconsciente productor de síntomas, se aclara al jugar con el equívoco y tomarla en su asonancia con el hecho del mal decir. La maldición del inconsciente, que condena a la sexualidad a ser sintomática, obedece al hecho de que el inconsciente dice mal: dice mal el sexo. El sentido

sexual está por doquier, sin duda, pero el sexo no está en ninguna parte en el discurso del inconsciente, y en ese sentido podemos decir con Lacan que el pansexualismo de Freud es un asexualismo. Que el decir del sexo sea una dificultad es algo que advertimos fuera del psicoanálisis.

La finalidad del análisis puede simplificarse entonces en un hacer consciente los fantasmas como causa de los síntomas. Ya que el síntoma está situado en el orden del lenguaje, mientras que el fantasma es del orden de lo imaginario. La disolución continua de la unidad yoica, que en lo imaginario da su material significativo al síntoma, permitirá la disgregación de lo anudado en el síntoma a través de su palabra, permitiendo que el sujeto pueda hacer una elección de su destino con mayor responsabilidad.

Referencias bibliográficas

- Freud, Sigmund (1980 [1930]), *El malestar en la cultura*, t. XXI, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Lacan Jacques (1989 [1972-1973]), *Seminario Libro 20, Aún*, Buenos Aires/Barcelona/México, Paidós.
- (1989 [1964]), *Seminario Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
 - (2006 [1962-1963]), *Seminario Libro 10, La angustia*, Buenos Aires/Barcelona/México, Paidós.
 - (2006 [1972-1973]), *Seminario Libro 20, Aún*, Buenos Aires/Barcelona/México, Paidós.
 - (2009), *Escritos II*, México, Siglo XXI.
 - (2009 [1971]), *Seminario Libro 18, De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires/Barcelona/México, Paidós.
 - (inédito), "Problemas cruciales para el psicoanálisis".
- Miller, Jacques Alain (1991), *Lógicas de la vida amorosa*, Buenos Aires, Manantial.
- Soler, C. (1997), conferencia impartida en Rosario, Argentina, 5 de noviembre.
- (2000), *Maldición sobre el sexo*, Buenos Aires, Manantial.